

## UNA JORNADA HISTÓRICA MEMORABLE

Ignacio Alcaraz Cánovas  
Escritor

Hace varios meses recibí una invitación del Grupo de Estudios del Frente de Madrid (GEFREMA) para compartir con ellos un acto en el que se recordaría el bombardeo de Tetuán, capital del Protectorado de España en Marruecos, el 18 de julio de 1936. En dicha reunión participarían varios testigos del citado ataque, entre ellos el general Miguel Alonso Baquer y el historiador Carlos García Casas.

El mero hecho de dedicar una jornada a tan especial materia me demostraba que no es fácil olvidar que la sublevación militar contra la II República española contaba como principal fuerza la estacionada en el Protectorado marroquí, los mercenarios de la Legión Extranjera y los rifeños del Grupo de Regulares Indígenas. Por supuesto, los que mandasen tan excéntrico ejército serían los mismos que pocos años antes habían intervenido para supuestamente “tranquilizar” las levantiscas tribus bereberes, opuestas a cualquier colonización extranjera, los oficiales africanistas, mantenidos por el Estado después de que en 1927 terminara la llamada “guerra del Rif”.

El propósito de los sublevados consistía en llevar las columnas de Regulares y Legión a los puertos de Algeciras y Málaga. Suponían que el Gobierno, al ver el talante de los invasores, se rendirían inmediatamente, facilitando el acceso al poder de los generales involucrados en la rebelión, Mola, Sanjurjo, Goded y otros incorporados a última hora, como Franco y Orgaz. Todo estaba cuidadosamente preparado por el “Director”, el general Mola, que desde su exilio dorado en Pamplona organizó la sublevación hasta el último detalle, una rebelión de “gran violencia”, es decir asesinando sin desmayo a todo el que pudiera oponerse, bien activa o pasivamente, a los golpistas.

Desde el primer momento acepté la oferta de Juan Manuel Riesgo, dirigente de CEFREMA e historiador bien conocido de la España contemporánea y para ello reuní la documentación que podía aportar al acto, no solamente la escrita por diversos ensayistas, sino también la basada en mi recuerdo personal de tan singular efeméride.

La captura de Tetuán por los facciosos al 17 de julio de 1936 se consumó en la noche de aquel aciago día, en la Alta Comisaría de España en Marruecos. El Comisario, Arturo Álvarez-Buylla y Godino, más los oficiales que le acompañan fueron detenidos por el cabecilla de la rebelión, el Coronel en situación de disponible Eduardo Sáenz de Buruaga, que se instaló en el edificio desde aquel momento, en espera de la llegada al día siguiente del general Francisco Franco que, según pactó con el general Sanjurjo, ocuparía el puesto de Alto Comisario.

*La Gaceta de África*, el único periódico de Tetuán, anunció en recuadro aquella mañana que “El Ejército de África, al mando del general Franco, que llegará mañana (por el 18), se ha unido a un movimiento nacional y patriótico. Las nuevas autoridades han tomado posesión de sus mandos sin incidente alguno. La tranquilidad es absoluta”.

Todo aparentaba placidez, y el comercio abrió el 18 en espera de nuevas noticias. Sin embargo, las personas más avisadas y conscientes de lo que aquel “movimiento” suponía huyeron a Tánger, antes de que se cerrara la frontera. Igual ocurrió en Melilla, Larache y lugares más o menos próximos del Protectorado francés.

Durante la frenética noche del 17 al 18, el Alto Comisario en funciones (pues el titular, el inefable Juan Moles y Ormella, de triste recuerdo, había sido nombrado por Casares Quiroga Ministro de Gobernación), más los oficiales de alta graduación ya indicados estuvieron en contacto con Madrid para recibir instrucciones sobre la postura a adoptar ante la gravedad de los acontecimientos. Casares Quiroga pidió a los allí presentes que resistieran a ultranza. Para ello prometió el envío de una escuadrilla de aviones que después de un bombardeo disuadiría a los sublevados y todo volvería a la normalidad.

También avisó de que se lanzaría una octavilla sobre Tetuán informando del fracaso de la rebelión y del próximo fin de ésta en breves horas.

El Alto Comisario, contagiado por las promesas de Casares, se dirigió al Comandante jefe del Aeródromo de Sania Ramel (a pocos kilómetros de Tetuán), Ricardo de la Puente Bahamonde (primo del general Franco) para comunicarle la acción prevista por Madrid y aconsejándole que se mantuviera firme en la defensa de las instalaciones. Aunque de la Puente adoptó las medidas conducentes a la protección del Cuartel, la violencia de los atacantes, un Tabor de Regulares y fuerzas de la Legión, constituyó una apisonadora que todo lo arrolló, por lo que la escasa guarnición, integrada por varios pilotos y algunos suboficiales, se rindió en la madrugada del 18, siendo todos hechos prisioneros y conducidos a la fortaleza de El Hacho, en Ceuta.

Por supuesto, igual ocurrió con los ocupantes de la Alta Comisaría. Al comprobar que en la inmediata Plaza de España se había instalado por las facciones un cañón dispuesto a acabar con el emblemático edificio, más la presencia de soldados de Regulares, se optó por la rendición pura y simple, en la confianza de que era una cuestión de días el restablecimiento de la legalidad republicana.

En Melilla ocurrió prácticamente lo mismo. El subdelegado gubernativo, Gil de Terradillos, informó por medio del telégrafo *Huges*, instalado en su residencia, al Primer Ministro sobre la represión demoledora ejercida por los sublevados. “La población estaba siendo pasada a cuchillo”, lo que alarmó a los que desde la capital debían organizar la defensa de la República. Casares ordenó al general Agustín García Morato, jefe del Ejército de Marruecos, que se desplazara a Melilla, lo que hizo éste, hasta ser detenido en el aeródromo de Tauima, en poder de los sublevados.

La imprevisión de Santiago Casares Quiroga, que no había atendido nunca los avisos de una sublevación militar, motivó a la larga en el transcurso de aquellas horas cruciales el desconcierto sobre la forma idónea de atajar la asonada. El único gesto de carácter militar, como se

ve, fue el envío inmediato de varios aparatos con escala en Sevilla para aprovisionarse de bombas con que atacar a las guarniciones rebeldes.

En la madrugada del 18, llamó Casares al gobernador de Sevilla José María Valera Rendueles por el hilo directo, para anunciarle que salían en vuelos dos aviones encargados de atacar objetivos militares del Protectorado. En Tablada recogerían ocho bombas de 50 kilos y una proclama dirigida al Ejército de África para que se rindieran. Casares dictó el impreso, que se confeccionó en la imprenta del diario *El Liberal* de Sevilla. Varios agentes de Policía hicieron entrega de las proclamas a los aviadores encargados de la misión.

Algunas horas después llegaron a Sevilla dos aviones, un *Douglas-DC-2*, número 26, pilotado por el Capitán Pedro Tonda, y un *Fokker-2*, por el Capitán Vicente Vallés. El primero fue averiado más tarde en un acto individual del Capitán Carlos Martínez Vara del Rey, que resultó herido siendo salvado del linchamiento por el Comandante de la Base Rafael Martínez Esteve. En el aeródromo se encontraba ya un *Fokker-1*, pilotado por el Capitán Xuclá.

Los dos *Fokkers* fueron cargados seguidamente, y recogieron los impresos anunciados, más diversos ejemplares del diario madrileño *Ahora*, llegado aquella misma mañana. El *Fokker-1* de Xuclá despegó a las cuatro de la tarde, para atacar el aeródromo de Sania Ramel, los cuarteles y la Alta Comisaría. Su principal objetivo fue al parecer este último edificio, donde descargó ocho bombas, si bien éstas cayeron sobre casas colindantes de la Medina o Barrio musulmán, originando destrozos en dos mezquitas y algunas viviendas, con un saldo de quince indígenas muertos.

En cuanto al *Fokker-1* de Vallés bombardeó simultáneamente el cuartel de la Legión de Dar Riffien, cerca de Ceuta, con tres bombas de 10 kilos, que mataron a dos legionarios e hirieron a siete más. Los legionarios quisieron en represalia asesinar a todos los presos de El Hacho, si bien fueron impedidos de hacerlo por el coronel Gautier que, pistola en mano se opuso a la masacre.

Los pilotos que bombardearon Tetuán y dar Riffien, Xuclá, Vallés y Tonda, regresaron seguidamente a Tablada, y, a las siete y media emprendieron la vuelta a Madrid, por lo que evitaron ser capturados por los rebeldes de Queipo del Llano. Otros dos pilotos, los Capitanes Luis Burguete (hijo del general Ricardo Burguete) y Benito Franco tuvieron peor fortuna, pues se presentaron en el Aeródromo hispalense en la mañana del día siguiente, procedentes del Sahara español, con sus *Fokker-3* y *Fokker-4*, respectivamente. Fueron detenidos y fusilados por orden de Queipo de Llano, sin que mediara Consejo de Guerra alguno.

La reacción de la población marroquí fue la previsible después de aquellos acontecimientos. Con las banderas de las Cofradías al frente, un grupo numeroso de mujeres y hombres, en actitud amenazante, se dirigió a la Alta Comisaría, alentado también por el latente sentimiento nacionalista, cada día más evidente en amplias capas de la población indígena. Con razón argumentaban que no querían morir en conflicto que les era ajeno.

En la mañana del 18 de julio, tanto el Jalifa como el Gran Visir habían sido alertados de la sublevación militar, por el coronel Granados en el primer caso y por el teniente coronel Juan Beigbeder en el segundo. Al percatarse este último del cariz que tomaban los sucesos, se presentó nuevamente al Gran Visir para decirle “que el Movimiento había triunfado en toda España por lo que convendría que intercediera cerca de los manifestantes para que se disolvieran y volvieran a sus casas”. Antes, unos notables marroquíes se habían entrevistado con el líder independentista Abdeljalak Torres, pero al estar éste en residencia forzada y vigilado, les recomendó que fueran a ver al Gran Visir. Esto calmó el ánimo de la mayoría y apaciguó a los que se sentirían heridos en carne propia. Por su parte, el Gran Visir, de acuerdo con el jalifa (representante del sultán en el Protectorado español), se dirigió a la multitud y consiguió la calma de los más exaltados, alegando que la sublevación había triunfado y que los ataques no volverían a repetirse.

En efecto, los bombardeos del 18 de julio no se reprodujeron, excepto una incursión el día 26 al Aeródromo de Sania Ramel, que ocasionó varios heridos entre la oficialidad allí estacionada, en especial los pilotos que no se habían adherido al Jefe del Cuartel, Ricardo de

la Puente. Esa ausencia de nuevos ataques supuso un alivio para los facciosos, que pudieron organizarse para el traslado a la Península de soldados y material en el primer puente aéreo de la Historia militar española. Para ello se utilizaron los *Fokkers* en poder de los sublevados y el *Douglas* averiado en Sevilla, que fue reparado por técnicos alemanes. Esta ausencia de ofensivas, tanto naval como aérea, constituye una de las incógnitas sobre las medidas adoptadas por las autoridades militares fieles a la República, que hubieran podido acabar con el golpe a las pocas horas de su iniciación. Por testigos presenciales se sabe que la Base aérea de Tetuán estuvo durante la segunda mitad de julio a la espera de un ataque por aire y mar, ataque que nunca llegó a producirse por el cambio de criterio de las autoridades republicanas que prefirieron dedicar su esfuerzo en objetivos peninsulares, como fue el caso de Córdoba, lejos del lugar donde hubieran sido más eficaces, por ejemplo, la defensa del Estrecho de Gibraltar o la neutralización de los puertos de Ceuta y Melilla.

El General Franco dilató cuanto pudo su llegada a Tetuán, prevista para el día 18, para lo cual había sido previamente avisado por el Coronel Buruaga sobre la posibilidad de hacerlo sin problemas en el Aeródromo de Sania Ramel, ya en poder de los rebeldes. No estaba muy seguro el General, que procuró todo lo posible, mediante escalas en Agadir y Casablanca, para que el *Dragon Rapide*, el aparato financiado por el magnate Juan March, retardara su viaje al máximo. Al final se presentó en la mañana del día siguiente, después de confirmar que las personas reunidas en el Aeródromo eran de su confianza. Se le informó del bombardeo en la tarde del día anterior, y su primera idea fue acusar al Gobierno de la República “por su conducta incivil”.

Informado de que el Gran Visir había intervenido en el apaciguamiento de los marroquíes tras el bombardeo, decidió otorgarle la Cruz Laureada de San Fernando. En uno de sus primeros decretos, se justificaba tal concesión porque “a pesar de sus 76 años y deficiente estado de salud (el Gran Visir) acudió a Tetuán desde su casa de campo, se lanzó a caballo por calles, y con gran riesgo de su vida, de su prestigio y de su cargo, contuvo por completo la explosión popular, aquietando los ánimos, reduciendo a los exaltados y consiguiendo que todos regresaran pacíficamente a sus casas”.

Como indiqué al principio, la reunión ilustrativa convocada por el Grupo de Estudios del Frente de Madrid tuvo carácter masivo en cuanto a la asistencia de más de un centenar de personas, interesadas en conocer lo que sucedió en el Protectorado de Marruecos, en cruciales fechas de julio de 1936. Todavía muchos historiadores se preguntan cómo pudo la República caer por la acción de un grupo de generales que no habían tenido en cuenta la fortaleza del Régimen, y que, sin asegurarse el concurso de la Armada y de la Aviación se habían lanzado al despropósito de una guerra civil. Se trataba en verdad de un público bien informado de la situación que se vivía en España en el segundo tercio del pasado siglo, pero también ávido de conocer lo que ocurrió en el territorio marroquí y del proyecto gubernamental de acabar con la rebelión mediante el despliegue de una fuerza aérea fuera de la órbita peninsular.

Después de una breve presentación a cargo del profesor Riesgo, el general Miguel Alonso Baquer explicó que el 18 de julio de 1936 residía en Tetuán, donde su padre, comandante de Infantería, ejercía de adjunto del Delegado de Asuntos Indígenas Eleuterio Peña, recién nombrado para el cargo. En el domicilio del entonces niño, que se encontraba en el lado opuesto de la Plaza de España, cayó una bomba, que causó destrozos en las paredes pero ningún daño, afortunadamente, para las personas que allí vivían. Prueba era –según se dijo- de que el bombardeo era indiscriminado sobre la Capital del Protectorado.

Me tocó a mí rebatir esta temeraria afirmación que contribuía, de plenas luces, al descrédito del piloto encargado de la misión. En efecto, según me manifestaron testigos del hecho, desde el Cuartel de Regulares, en el llamado Alcázar de Tetuán, se hicieron dos disparos de mortero contra el aparato, siendo así que los obuses cayeron sobre la zona urbana de la Ciudad. La prensa recibió órdenes de silenciar esta descabellada medida, pues tal “defensa antiaérea” carecía de sentido común. Si cualquiera de las bombas de 50 kilos que se lanzaron y que por error cayeron en zonas aledañas de la Alta Comisaría, hubieran alcanzado una vivienda de vecinos, la mortandad habría sido netamente superior.

Mi exposición de los preliminares y desarrollo del bombardeo aéreo de Tetuán debió satisfacer la curiosidad de muchos de los allí

congregados, pues recibí numerosas muestras de satisfacción por parte del auditorio. Lo único que lamenté fue el no haber podido continuar con lo sucedido en los días siguientes al episodio objeto de la reunión. Pude evocar la política de terror que se implantó en todo el Protectorado, donde, pese a no haber existido respuesta militar al mero hecho del levantamiento, hubo una represión de la que apenas se ha hecho eco los titulares de la Memoria Histórica, ante la dificultad hoy existente de que Marruecos es un país independiente, poco amigo de recordar la ominosa época del Protectorado.

Durante los días siguientes, hasta finales de julio, cuando llegaron a Sania Ramel 20 *Junkers-52* y 10 *Savoias-Marchetti-81* para el transporte a Sevilla del ejército mercenario de Marruecos, existió el miedo a un bombardeo aeronaval de las bases militares del Protectorado, que hubiera cambiado la situación.

Todo esto quedó en el tintero, aunque me queda el consuelo de haber contribuido, en la medida de mis escasas fuerzas mediáticas, al esclarecimiento de cuanto ocurrió en aquellas fatídicas fechas, que culminaron, para vergüenza de las potencias democráticas de entonces (Inglaterra, Francia y Estados Unidos), más la colaboración sin tapujos de los países totalitarios (Alemania, Italia y Portugal), en una supuesta victoria que los hechos se han encargado de demostrar como totalmente inviable y fuera de lugar en el contexto europeo posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial.